

Bachelard cuya ruidosa desesperación se apaciguaba.

—Venía, le dijo, á preguntar á V. las nuevas señas de Duveyrier... V. debe saberlas.

—De Duveyrier... balbuceó. De Clarisa querrá V. decir. Espere V. un momento.

Y fué á abrir la puerta del cuarto de Fifi, de donde vió Augusto con asombro salir á Guenlin. Bachelard le había encerrado, dándole tiempo para vestirse y tornándose para reflexionar qué haría con él. La vista del joven, con el rostro descompuesto y los cabellos despeinados, reavivó su cólera.

—¡Cómo! ¡miserable! exclamó, tú, mi sobrino es quien me deshonra. Desprestigias á tu familia, arrastras mis canas por el lodo. ¡Oh! no lo dudes, acabarás muy mal, lo menos en presidio.

Guenlin le escuchaba con los ojos bajos pero furioso.

—Diga V. tío, murmuró, me parece que va V. demasiado lejos. Un poquito de calma. Si V. cree que yo me he divertido, está V. en un error. ¿Para qué me ha traído V. aquí? Yo no se lo he pedido. V. es quien me ha hecho venir, quien trae á esta casa á todo el mundo...

Pero Bachelard, llorando de nuevo le interrumpió:

—Al robármela... ¡me has robado cuanto tenía...! Serás la causa de mi muerte, y no te dejaré ni un solo céntimo.

Guenlin fuera de sí, estalló.

—Déjeme V. en paz, que ya estoy harto. ¿Qué es lo que siempre he dicho? Estos son los aburrimientos del día siguiente. Ya ve V. lo que me pasa por haber cometido una vez la tontería de aprovechar una ocasión. La noche ha sido agradable; pero después le queda á uno motivo para desesperarse toda la vida.

Fifi enjugó sus lágrimas. Se aburrió de estar ociosa y se puso á bordar en la estola, fijando de vez en cuando sus puros ojos en los hombres, asombrada de su incomodidad.

—Tengo mucha prisa, insinuó Augusto. No deseo más que saber la calle y el número.

—¿La calle? espere V. le complaceré en seguida.

Y dominado por la emoción que experimentaba, cogió á Guenlin las manos:

—¡Ingrato! exclamó... te doy mi palabra de honor, te la guardaba para tí. Si es bueno, me decía yo, él la disfrutará y pensaba dártela como es debido, con cincuenta mil francos de dote... y animado yo de estos designios, vienes tú y te la tomas de una vez... ¿Te parece bien eso?

—Déjeme V., exclamó Guenlin, conmovido al ver el buen corazón del viejo: de lo contrario voy á sufrir de nuevo.

Pero Bachelard le llevó al lado de la niña, y la preguntó:

—Vamos á ver Fifi... ¿le habrías amado?

—Si V. era gustoso, sí señor, querido tío, respondió.

Esta respuesta acabó de enternecerle. Se secó los ojos, se sonó... ¡En fin, ya verían! Su único deseo había sido labrar la felicidad de la niña. Y despidiendo bruscamente á Guenlin:

—¡Vete, le dijo, yo reflexionaré!

Durante aquel episodio, la tía Menu, volvió á coger por su cuenta á Augusto para exponerle sus ideas.

Un obrero habría dado palizas á la niña y con un empleado se habría llenado de hijos. Por el contrario con M. Narciso, tenía la probabilidad de hallar un dote que la permitiría casarse convenientemente. Gracias á Dios pertenecían á una buena familia, y por nada del mundo habría permitido la tía que su sobrina pasase de los brazos de un amante á los de otro. No por cierto, quería para la chica una situación seria y formal.

Guenlin se retiraba, cuando Bachelard le llamó.

—Bésala en la frente, le dijo; te lo permito.

Y después le despidió, volviendo al lado de Augusto, á quien dijo, poniéndose la mano sobre el corazón:

—No es mentira... le juró á V. bajo mi palabra de honor que, más tarde, pensaba casarle con ella.

—Pero, ¿quiere V. darme esas señas? dijo Augusto, perdiendo la paciencia del todo.

El tío pareció asombrado: creía haberle ya respondido.

—¿Las señas de Clarisa? balbuceó; pero si no las sé.

Augusto hizo un gesto de ira. Todo contribuía á aumentar la ridiculez de su situación. Al verle Bachelard tan indignado le propuso que fueran juntos á buscar á Troublot á su escritorio. Él debería saber donde vivía Clarisa.

—Tome V., señorita, dijo el tío á Fifi, después de besarla la frente, tome V. el terrón de azúcar y las monedas, aunque no las merece. Pórtese V. bien, y ya verá como la quiero.

La joven seguía bordando con una aplicación ejemplar. Un rayo de sol alegraba el cuartito, dorando aquel asilo de inocencia, donde no llegaban los ruidos de la calle.

Toda la poesía de Bachelard aparecía en aquel rinconcito.

—Que Dios bendiga á V., señor Narcioso, le dijo la tía Menu, al acompañarle hasta la puerta. Ya estoy más tranquila. No haga V. nunca más que lo que le dicte el corazón, él le inspirará.

El cochero, que había vuelto á dormirse gruñó, cuando Bachelard le dió orden de que los condujera á la calle de Saint-Lazare, que era donde vivía M. Desmarquay, el principal de Troublot. Sin duda también el caballo dormía, porque necesitó una lluvia de latigazos para ponerse en marcha. Al fin y al cabo partió el carruaje, aunque penosamente.

—De todos modos, dijo el tío, al cabo de un rato de silencio, es muy duro lo que me ha pasado. No puede V. imaginarse el efecto que me causó ver á Guenlin en camisa... Pero esas cosas no se comprenden... es preciso sufrirlas.

Y continuó refiriendo detalles, sin notar el disgusto que producían á Augusto sus palabras. Éste, al ver lo falso de su situación, se apresuró á explicarle los motivos que tenía para encontrar cuanto antes á Duveyrier.

—¡Berta con ese hortera! exclamó Bachelard... me llena V. de asombro.

Parecía que su admiración procedía, más que de otra cosa, de que su sobrina hubiera elegido á Octavio para faltar á su deber. Por lo demás, después de reflexionar un instante se indignó. Su hermana Eleonora no había obrado como debía; así es que él no hacía caso de su familia. Él no se mezclaría en nada; pero no había remedio, el duelo era indispensable.

—Yo mismo, hace poco, cuando encontré á Fifi con un hombre en paños menores, lo primero que pensé fué hacer una matanza general... Si V. se hubiera visto en semejante lance...

Un estremecimiento doloroso de Augusto le hizo exclamar:

—¡Ah! es verdad... ya no me acordaba... estoy hablando de la soga en casa del ahorcado.

Reinó el silencio, mientras el coche se balanceaba melancólicamente. Augusto, cuya furia se calmaba poco á poco, se abandonaba al balanceo del coche, con el ojo izquierdo cerrado por la fuerza del dolor que la jaqueca le producía. ¿Por qué razón creía Bachelard que el duelo era indispensable? La misión del tío de la culpable no era, seguramente la de azuzarle.

Y Augusto escuchaba á cada instante re-

sonar en su oído la frase de su hermano: *Es estúpido, vas á hacerte matar*, frase importuna y tenaz que concluía por ser el mismo dolor de su neuralgia. Seguramente le mataría, tenía ese presentimiento: y esto le anonadaba, enterneciéndole. Se veía muerto y lloraba sobre su cadáver.

—Le he dicho á V., calle de Saint-Lazare, gritó el tío. No es en Chaillot. Gire V. hacia la izquierda.

Por último se detuvo el coche; y para obrar con más prudencia mandaron llamar á Troublot, que bajó sin nada á la cabeza á charlar con ellos.

—Necesitamos que nos diga V., dónde vive Clarisa; le indicó Bachelard.

—Vive en la calle de Assas.

Le dieron las gracias é iban á marcharse, cuando Augusto añadió:

—¿Qué número?

—¿Qué número...? ¡Diantre...! Pues es el caso que no lo sé.

Al oírle, declaró Augusto que renunciaba á su propósito; pero Troublot hacía esfuerzos para recordar. Había comido allí una vez y era detrás del Luxemburgo, pero no sabía si la casa estaba al principio ó al fin, á derecha ó izquierda de la calle. La puerta la conocía: al verla diría cuál era sin equi-

vocarse. Entonces le rogó Bachelard que los acompañase, á pesar de las protestas de Augusto, que manifestaba deseos de no molestar á nadie y de volverse á su casa. Troublot por su parte se excusaba. No, no volvería á aquella barraca. Y evitaba decir la verdadera causa de esta resolución: una aventura estupenda, una soberbia bofetada que le había dado la nueva cocinera de Clarisa, cuando entró en la cocina á pellizcarla como tenía de costumbre. Una bofetada por una galantería, sin más objeto que conocerse. ¡Jamás le había ocurrido cosa igual!

—No, no, añadió, yo no pongo los piés en una casa en la que se aburre uno hasta dejárselo de sobra. Ya sabe V. que Clarisa se ha puesto muy cargante, más mala que la quina, y ¡luego se da un tono! Se ha llevado consigo á su familia después que murió su padre; toda una tribu de salvajes: la madre, dos hermanas, un hermano grandullón y hasta una tía imposibilitada... Entre toda esa gente tiene Duveyrier el aspecto de un hombre desgraciado.

Y contó que, el día en que el consejero halló á Clarisa en un portal, ella fué la primera que se enfadó, acusándole con las lágrimas en los ojos de que nunca la había respetado. Si tal, había huído de la casa de

la calle de la Cerisaie, exasperada por lo mucho que sufría su dignidad personal tanto tiempo reprimida. ¿Por qué se quitaba la condecoración cuando iba á verla? Ella deseaba reconciliarse con él, pero antes era preciso que la jurase por su honor no quitarse la condecoración, porque ella se estimaba lo bastante para no consentir ofensas como las que había recibido de él á cada momento. Y Duveyrier juró, desconcertado ante aquel *exabrupto*, dominado y enternecido. La pobre tenía razón: aquel modo de expresarse demostraba que poseía una alma elevada.

—Y ahora no se quita la cinta del ojal, añadió Troublot. Creo que hasta le hace acostarse con ella. Esto la lisonjea ante su familia. Por otra parte, como Payan le había comido ya los veinticinco mil francos en muebles, ha hecho á su amante que se gaste de nuevo treinta mil en alhajarle la casa. Le ha metido en un puño y no hay quien le saque de entre sus faldas. Se necesita ser un animal para obrar de ese modo.

—Pues yo me voy, ya que M. Troublot no puede acompañarnos, dijo Augusto, cuyo disgusto aumentaban las historias que oía.

Pero entonces dijo Troublot que iría con ellos, aunque no subiría, limitándose á in-

dicarles la puerta de la casa. Subió á coger el sombrero, y dando un pretexto para salir, volvió á su lado y se metió con ellos en el coche.

—Calle de Assas, dijo al cochero... ya le indicaré á V. donde debe parar.

El cochero refunfuñó. ¡Calle de Assas...! ¡Ahí era nada! Los parroquianos eran aficionados á pasear. En fin, llegarían cuando Dios quisiera. El caballo blanco jadeaba, sin avanzar gran cosa, á pesar de los latigazos.

Bachelard contaba su desventura á Troublot. Su infortunio era charlatán. Sí, había encontrado al bestia de Guenlin con una niña lo más mono del mundo. Los dos estaban en camisa; pero al llegar á este punto de su relato se acordó de Augusto, que permanecía en el rincón del coche sombrío y apenado.

—Perdone V., le dijo, me olvido...

Y dirigiéndose á Troublot, añadió:

—Nuestro amigo ha tenido una desdicha en su matrimonio, y precisamente por eso buscamos á Duveyrier. Sí, la noche pasada sorprendió á su mujer...

Acabó la frase con un gesto y terminó, diciendo:

—¡Octavio! ¡Pues! ya sabe V.

Troublot, hombre de opiniones rotundas,

iba á decir que la noticia no le sorprendía; pero retiró á tiempo la frase y la reemplazó por otra llena de desdeñosa cólera, y de lo que el marido no se atrevió á pedirle explicación.

— ¡Que idiota es el tal Octavio!

A esta especial apreciación del adúltero siguió un silencio. Cada cual de los tres se sumió en sus reflexiones. El coche no avanzaba y Troublot fué el primero que, saliendo de su meditación, se atrevió á decir:

— ¡Este vehículo apenas se mueve!

Pero nada hizo apresurar el trote del caballo, y eran las once cuando llegaron á la calle de Assas. Allí perdieron cerca de un cuarto de hora, porque á pesar de lo que había dicho no reconocía la puerta de la casa. Primero dejó al auriga seguir toda la calle de un extremo á otro, y luego le obligó á repetir tres veces la misma operación. Augusto entró en más de diez casas que le indicó Troublot, y en todas le dijeron que no conocían á la persona por quien preguntaban. Al fin y al cabo les indicó una frutería la casa, y Augusto y Bachelard subieron, quedándose Troublot á esperarlos en el coche.

El grandullón del hermano abrió la puerta. Llevaba en la boca un cigarro, cuyo humo

les echó á la cara al mismo tiempo que los introducía en la sala. Cuando le preguntaron por Duveyrier se contoneó, con aire de chunga, sin responder. Después se fué, sin duda para llamarle. En medio de la sala, de satén azul, con un lujo nuevo y ya manchado de grasa, una de las hermanas, la más pequeña, sentada sobre la alfombra, limpiaba una cacerola que había llevado allí desde la cocina, mientras que la mayor daba golpes con los puños cerrados en un magnífico piano, cuya llave acababa de encontrar. Las dos, al ver entrar á los caballeros levantaron la cabeza; pero continuaron sus faenas como si tal cosa. Cinco minutos pasaron sin que nadie apareciera. Los visitantes se miraban, cuando los gritos que partieron de una habitación próxima los aterrorizaron: eran de la tía imposibilitada, á quien estaban lavando.

Por fin una vieja, Mad. Bocquet, la madre de Clarisa, asomó la cabeza por una puerta entreabierta. Tan sucio era el vestido que llevaba, que no quería que la vieran.

— ¿Qué deseaban ustedes, caballeros?

— Buscamos á M. Duveyrier, gritó impaciente Bachelard... Ya se lo hemos dicho al criado. Anúnciele V. á M. Augusto Vabre y á M. Narciso Bachelard.

Mad. Bocquet se retiró, y la mayor de las hermanas, de pié sobre el taburete, golpeaba con los codos el teclado, mientras que la pequeña rascaba la cacerola con un tenedor de hierro, para comerse lo que había en ella agarrado. En medio de este ruido, que no parecía molestarla, se presentó Clarisa.

—¡Ah! ¿Es V.? dijo á Bachelard, sin mirar á Augusto.

El tío se asombró. No la habría conocido por lo mucho que había engruesado. El diablillo, delgada como un alfeñique y rizada como un perro de aguas, había tomado el aspecto de una madre de familia. Por lo demás no le dió tiempo de hablar, diciéndole como le dijo, brutalmente, que no necesitaba para nada en su casa á un calavera de su especie, que iba á contar á Alfonso lo que no le importaba. Si, señor, había ido á su amante con el cuento de que ella se divertía con sus amigos y los buscaba detrás de sus espaldas; y no podía negarlo, porque el mismo Alfonso se lo había dicho.

—Con que ya lo sabe V., añadió, si viene usted á traer chismes y cuentos puede V. coger el portante. La antigua vida se acabó. Ahora quiero que todos me respeten.

De aquel modo, ostentando su pasión por

el orden y la distinción, fué echando poco á poco á los amigos de su amante, prohibiéndoles con gran rigor fumar, obligándoles á llamarla señora y exigiéndoles que la hicieran visitas de cumplido. Su antiguo aspecto de mujer mundana había desaparecido, y sólo conservaba la exageración en el desempeño de su papel de gran señora, interrumpido á veces por actitudes encanalladas y palabrotas groseras. De este modo aislaba á Duveyrier, y en vez de tener en su casa un centro de recreo, la convertía en un nuevo hogar donde hallaba todos los aburrimientos del suyo en medio del bullicio y de la suciedad. Como decía Troublot, no se aburría más en la calle Choisseul y allí había más limpieza.

—No venimos por V., respondió Bachelard reponiéndose, porque estaba acostumbrado á recibimientos como el que acababan de dispensarle. Necesitamos hablar con Duveyrier.

Entonces Clarisa miró á su acompañante, sospechando si sería un escribano, porque sabía que Alfonso comenzaba á contraer deudas.

—¡Bah! lo mismo me da, añadió. Pueden ustedes llevarsele y guardarle... Así no tendré necesidad de curarle los granos.